

horas; que después su cabeza sería cortada y clavada en las puertas de su prisión; que finalmente, sus brazos y piernas, arrancadas del tronco, serían distribuidas entre las cuatro principales ciudades del reino. «Yo quisiera únicamente, respondió Montrose, tener bastantes miembros para que fuesen dispersados por todas las ciudades de Europa, y para que dieran testimonio de la causa por la cual combato y muero!»

IX.

Libre de la presencia de sus perseguidores sagrados, Montrose, que cultivaba la poesía como hija del alma, escribió versos inspirados por el amor y por la muerte, en los cuales eternizaba cuanto le era dable en la lengua inmortal su adiós á cuanto había amado en la tierra. El poeta en estos versos supremos es digno del héroe.

Al día siguiente sufrió como mártir su suplicio. Su cabeza fué clavada y sus miembros enviados á las cuatro capitales de Escocia.

Cárlos II, al saber en Jersey la derrota, la muerte de su amigo y el triunfo del parlamento, no vaciló mas en aceptar la corona de las manos ensangrentadas de los presbiterianos escoceses, sin rivales ya en Edimburgo. Desembarcó en Escocia en medio del ejército que había venido á su encuentro. El primer espectáculo que hirió su vista fué un pedazo del cuerpo de su partidario Montrose, clavado sobre la puerta de la ciudad.

Puede presumirse lo que fué el reinado de este joven pretendiente, esclavizado por un parlamento, vigilado por los sacerdotes, dominado por los generales del ejército que abrazaba así su causa, prisionero mas bien que rey de sus supersticiosos súbditos, obligado á fingir, para complacerlos, un fanatismo y una austeridad de que se burlaba, perseguido hasta en su palacio por las exhortaciones de los profetas presbiterianos, que espaban hasta los latidos de su corazón y que convertían en crímenes públicos las ligerezas de su edad. Se les escapó un día huyendo, prefiriendo la libertad á un trono á aquel precio. Alcanzado por ellos y conducido á Edimburgo, la necesidad que tenían de su nombre les hizo restituir un poco de autoridad. Permitiéronle combatir á la cabeza del ejército que marchaba sobre Inglaterra llamado por los ingleses realistas del Norte. Cromwell marchó contra él con su ejército y entró en Escocia. El príncipe de Gales, escapando con catorce mil escoceses á las maniobras mal combinadas de Cromwell, penetró valientemente, dejando atrás el ejército inglés, é hizo una invasión sobre el país enemigo, apoderándose de Worcester, y llamó desde allí á todos sus partidarios para que se le unieran.

Cromwell, sorprendido, pero infatigable, no le dió tiempo; cayó sobre Worcester con cuarenta mil hombres, combatió en la ciudad, la inundó de sangre, y dispersó el ejército del príncipe de Gales. El mismo príncipe, después de hazañas precoces y dignas de su rango en las calles de Worcester, se escapó á favor de las tinieblas, seguido tan solo por un puñado de sus caballeros. Después de haber corrido veinte leguas en el espacio de una noche, abandonaron sus caballos y se dispersaron en los bosques.

X.

Seguido solo del conde de Derby, caballero inglés que le había traído combatientes de la isla de María, Cárlos, refugiado en casa de un arrendatario llamado Pendessell, tomó allí el trage y el hacha del leñador, con los otros cuatro hijos del labrador, para burlar á los soldados de Cromwell, esparecidos hasta en los bosques á fin de alcanzarlo. Durmiendo sobre la paja, comiendo pan de centeno ó avena en la casucha de Pendessell, se vió obligado por las visitas domiciliarias de los puritanos á abandonar hasta aquel refugio, durmiendo muchas noches sobre una encina, que se llamó después la encina Real, cuyas ramas le ocultaron á las miradas de los soldados apostados al pie.

Un coronel realista, llamado Lane, lo acogió en seguida en Bentley, é intentó conducirlo al puerto de Bristol, donde podría embarcarse para el continente. La marcha había lastimado de tal manera los pies del joven rey, que le fué preciso atravesar á caballo las comarcas recorridas por los ginetes enemigos. La hija segunda del coronel Lane, le condujo, en trage de campesino, á la morada de su hermana *mistris* Morton, en las inmediaciones de Bristol. La señorita Lane, al llegar á casa de su hermana, no confió á nadie el nombre del joven campesino que la seguía: pidió solamente un cuarto y una cama para él, diciendo que tenía calentura, y recomendándolo á los cuidados de los criados. Uno de estos entró en el cuarto del joven campesino para llevarle su comida: el rostro noble, magestuoso y bello del príncipe, destelló aun por encima de su trage á los ojos del criado de *mistris* Morton: cayó de rodillas ante el lecho de Cárlos, y lo saludó como su señor, haciendo en voz alta la oración que los realistas decían en favor del rey. Cárlos insistió en vano, fué preciso dejarse reconocer y recomendar únicamente el silencio.

XI.

Desde allí, no habiendo encontrado buque en la costa, fué recogido por la familia realista

de una viuda llamada Windham, que había perdido á su esposo y tres hijos por la causa de Cárlos I, y ofrecía aun con celo los dos que le quedaban al hijo del rey decapitado. Recibió á Cárlos, no como fugitivo, sino como rey. «Cuando mi marido estuvo en su lecho de muerte, le dijo, hizo aproximarse á nuestros cinco hijos y les dijo: Hijos míos, hemos visto hasta aquí días serenos y apacibles bajo nuestros tres últimos soberanos, pero debo advertiros que veo nubes y tempestades que se acumulan sobre este reino; veo alzarse facciones por todas partes, y amenazado el reposo de nuestra patria. Oídme atentamente: ¡cualesquiera que sean los sucesos, respetad á vuestro príncipe legítimo, obedecedle y permaneced fieles á la corona! ¡Si, añadió con fuerza, os recomiendo permanezcais fieles á la corona, aun cuando pendiese solo de un arbusto del camino!»

«¡Estas últimas palabras han grabado el deber en el corazón de mis cinco hijos, prosiguió la madre, y los que aquí me restan son vuestros, como los que han muerto pertenecían á vuestro padre!»

Todos los realistas del país conocieron y guardaron el secreto de la residencia de Cárlos en casa de los Windham. El sello de la fidelidad estaba en los labios como en los corazones del país. Este secreto, largo tiempo y milagrosamente guardado, no corrió riesgo de ser descubierto sino en el momento en que el joven rey disfrazado huía hacia la costa para poner al fin las olas del mar entre su cabeza y la cuchilla de Cromwell.

Habiéndose caído la herradura de su caballo, el albeitar, al cual se dirigió el rey para clavarla con la inteligencia de su oficio, examinó el metal y dijo por lo bajo, con las apariencias de la sospecha, que aquellas herraduras no se habían fraguado en el país, sino en el Norte de Inglaterra. Pero el herrador fué tan discreto como el caballero. Cárlos, volviendo á montar con seguridad sobre su caballo, galopó hacia la ensenada donde la esperaba el buque. El continente lo protegió de nuevo contra Cromwell.

XII.

Vencidos los realistas, decapitado el rey, reprimidos dos niveladores, degollada la Irlanda, sometida la Escocia, acariciada la nobleza, cómplice el parlamento, las fracciones religiosas estinguidas ó amortiguadas por la libertad de conciencia, la guerra marítima con la Holanda feliz y fecunda en triunfos marítimos, la dimisión de Fairfax de sus mandos por disgusto y arrepentimiento, la docilidad de Monk, dejado por Cromwell en Edimburgo para contentar á los escoceses, la subordinación volun-

taria, servil y aduladora de los demás gefes militares, ansiosa de ponerse bien con el triunfador, todas estas circunstancias, todos estos crímenes, todas estas cobardías, todas estas felicidades que se acumulan siempre al paso de los favoritos de la fortuna, no habrían dejado nada que desear á Cromwell si la posesión indisputada de su patria hubiese sido su fin: pero para todo aquel que estudia imparcialmente este carácter, había otro que era la posesión del cielo. Su salvación le preocupaba mas que el imperio. Jamás apareció mas teólogo que cuando fué omnipotente: en lugar de hacer proclamar su soberanía bajo cualquier título, dejó á sus amigos proclamar la república, limitándose á tener la espada y á esparcir su palabra. Sus decretos son oráculos y solo quiere ser el grande inspirado de su patria.

Su correspondencia en esta época atestigua los humildes pensamientos de un padre de familia cristiano, que no desea ni presagia ningún trono á sus hijos. «Monta el pequeño caballo de labor de nuestro padre y no subes en lujosas carrozas, escribe á su hija Dorotea.» Casa á su hijo mayor, Ricardo Cromwell, con la hija de uno de sus amigos de clase modesta y limitada fortuna; le da al casarlo mas deudas que bienes, y escribe á este amigo, suegro de su hijo: «¡Os confío á Ricardo, os ruego que le deis sábios consejos, temo se deje arrastrar de los placeres del mundo! Exhortadle á que estudie, el estudio es bueno, subordinado, no obstante, á las cosas divinas. Esto vale mas que la ociosidad y los aparentes deleites del mundo ¡Estas cosas hacen á uno apto para servir al pueblo y para esto ha nacido el hombre!»

«No os desalenteis, escribe á otro de sus sectarios, lord Warthon; os escandalizais de que en las elecciones este pueblo escoge á veces al revés sus representantes, despidiendo á los buenos y conservando á los malos en el parlamento. ¡Así sucede hace nueve años, y ved sin embargo, lo que Dios ha hecho con tan malos instrumentos en este tiempo! ¡No juzgueis el modo de obrar que tiene Dios!... En vuestro ánimo, á causa de estos escándalos y de estos murmullos de vuestra alma, hay pena, dolor, dudas; en mi solo existe confianza, certidumbre, luz, satisfacción, ¡sí, satisfacción interna! ¡Oh flacos corazones nuestros! ¡Oh mundo engañador! ¡Oh pensamientos estrechos y vanidades de nuestro orgullo! ¡Cuánto mas grande es ser el servidor del Señor en la obra mas dura! ¡Cuánto mas cuesta elevarnos en este servicio hasta por cima del mundo y á la altura de lo que Dios exige de nosotros! ¡Cuán fácil es desalentarnos allí donde la carne tiene tanto imperio sobre el espíritu!»

XIII.

La pompa y el entusiasmo que estallaron á su regreso á Londres después de su doble con-

quista de la Irlanda y de la Escocia, no le fascinaron. «¿Veis esa muchedumbre? ¿ois esas aclamaciones? dijo en voz baja inclinándose hasta el oído de uno de sus amigos que iban en el cortejo, ¡pues tanta ó mas habria si me condujesen al patíbulo! La luz del cielo le alumbraba aquel día haciéndole ver la nada de las popularidades humanas.

Sus cartas íntimas á su hijo Ricardo, están penetradas de esa unción de piedad y afecto que no podrian esperarse de un hombre que tenia sus pies mojados en la sangre de su rey, de la Irlanda, de la Escocia, de la Inglaterra, pero que tenia reposado el corazón en su falsa conciencia, y la cabeza ceñida con la aureola del mas sincero misticismo. «Vuestras cartas me enternecen, escribe á Ricardo, á quien acaricia con el nombre infantil de Dick; me complacen las palabras sencillas que salen del corazón, sin estudio ni preparacion. ¡Estoy persuadido que la bondad del cielo os ha colocado en la familia donde estais! Sed dichosos y reconocidos; desempeñad en ella todos vuestros deberes para mayor gloria de Dios. Buscad constantemente al Señor y su divina presencia; que este sea el gran cuidado de vuestra vida y toda vuestra fuerza. ¡El conocimiento de Dios no está en los libros ni en las definiciones teológicas; no es interno, transforma el espíritu por una accion independiente de nuestra voluntad y enteramente divina! ¡Conocer á Dios, es ser divinizado en sí propio por medio de él... ¡Cuán poco conocidas son las Santas Escrituras entre nosotros! ¡Mis debiles oraciones son en vuestro favor!... Esforzaos por comprender la república que he fundado, así como las bases sobre las cuales descansa... He sufrido mucho consagrándome á los demas... El padre de vuestra esposa, os servirá mucho en esta inteligencia!... ¡Pensareis tal vez que no tengo necesidad de recomendaros que améis á vuestra esposa! Que el Señor, sin embargo, os enseñe á amarla pues de otro modo no la amareis santamente. Cuando el lecho y el amor son puros, esta union es comparada justamente á la del Señor con las pobres almas que encierra su iglesia. Decid á vuestra esposa que la amo con todo mi afecto, y que me regocijo con los favores del cielo sobre ella. Deseo sea fecunda de todas maneras, y tú, Dick, que el Señor os bendiga con todas las bendiciones. Vuestro querido padre, OLIVERIO.»

XIV.

La misma preocupacion de las cosas del cielo, mezcla á la misma inquietud sobre las cosas de la tierra, se revela á cada linea en sus cartas privadas á los amigos de otro tiempo. ¡Por qué habia de fingir con sus hijos y sus

familiares? ¡Y qué hipocresía seria aquella que no dejara caer la careta ni un solo momento de su vida, ni aun para respirar con su esposa y sus hijos en el interior mas secreto de la familia, en las efusiones de la vida y en el lecho de la muerte!

«Tendré mucho contento en saber como va el pequeño (el hijo de Ricardo y de Dorotea), escribe al suegro de Ricardo, su amigo: regañaria con gusto al padre y á la madre por su negligencia respecto á mi. Sé que Ricardo es un perezoso; pero no tenia mejor opinion de Dorotea. Temo que su marido no la eche á perder; decidsele de mi parte. Si Dorotea está embarazada, la perdono; pero no de otro modo. ¡Que el Señor la bendiga!... Espero que dareis buenos consejos á mi hijo Ricardo; está en la época peligrosa de la vida, y este mundo se halla lleno de vanidad. ¡Oh! ¡Cuán bueno es acercarse con tiempo al Señor! Esto merece nuestros pensamientos. ¡Espero me conservareis toda vuestra antigua amistad! ¡Veis cuán ocupado estoy! ¡Tengo necesidad de compasion! Sé las penas que mi corazón siente. Una alta posicion, un elevado empleo en el mundo no merecen se les busque. No tendria consuelo interior en mis trabajos, si mi esperanza y mi reposo no estuviesen en la presencia del Señor: ¡yo no he ambicionado estas cosas!... Verdaderamente solo he sido llamado á ellas por el Señor... Por esto no estoy sin alguna esperanza de qué dará á su pobre gusano sobre la tierra, á su flaco servidor, la fuerza para hacer su voluntad y alcanzar el único fin para que he nacido, y para esto pido vuestras oraciones. Mis recuerdos á mi querida hermana, etc... OLIVERIO.»

Las mismas espresiones, mas tiernas aun por la santa union de una vida ya larga entre los dos esposos, commueven el corazón en las cartas á su muger: «Para mi esposa querida Isabel Cromwell... Me riñes en tus cartas porque en la apariencia os olvido, en mi silencio á tí y á nuestros pequeños hijos: verdaderamente á mi me tocara el reñir, porque os amo demasiado. Tú eres para mí la mas querida de todas las criaturas; ¡que esto bastel... El Señor nos ha mostrado una extrema misericordia... He sido milagrosamente sostenido en mi ser interior... Me voy haciendo viejo y siento que las flaquezas de la edad se apoderan rápidamente de mí. Plegue á Dios que mis inclinaciones al pecado, disminuyesen en la misma proporcion que las fuerzas físicas. ¡Ruega por mí, y pide para mí esta gracia!»

XV.

Confirma á los fuertes, fortifica á los dudosos, predica á los débiles en la fé con una fe-

bre siempre ardiente y persuasiva, que muestran cuán persuadido estaba él mismo, y conoce que algunas veces su celo en la espresion llega hasta la estravagancia. «Perdonadme escribe en el apogeo de su poder, á un amigo que se alejaba de él por repugnarle la implacable severidad de sus ejércitos en Irlanda y en Escocia: ¡algunas veces esta estravagancia que censurais, ha causado bienes; aunque se estravie, está inspirada por la caridad y por el celo! ¡os lo ruego, reconocedme por un hombre sincero en el Señor!... ¡Señor, escribe al concluir, no apartes tu faz y tu misericordia de mis ojos! ¡Adios!»

«No puedo decidirme, escribe otra vez á su esposa, á dejar partir este correo sin una palabra para tí, aunque á la verda tenga poco que escribir; pero me complazco en hacerlo á mi bien amada, que descansa sin cesar en el fondo de mi corazón. ¡Que el Señor multiplique siempre sobre tí sus dones! El gran bien, el único que tu alma pueda desear, es que el Señor esparza sobre tí la luz de su fuerza, lo cual baale mas que la vida que bendiga tus buenos consejos y tus buenos, ejemplos á nuestros queridos hijos. ¡Ruega por tu Oliverio!»

XVI.

Su yerno Fleetwood, uno de los lugartenientes al que dejó un mando en Escocia con Monk, no tiene menos parte en estos desahogos á la vez familiares y teológicos de Cromwell. Después de haber espresado á Fleetwood el sentimiento de estar separados por la necesidad de los negocios, de aquella rama de su familia, le dice: «Abrazad en mi nombre á vuestra querida esposa; recomendadle que evite tener un corazón servil. La servidumbre produce el temor, y el temor es lo contrario del amor. ¡Pobre Biddy! nombre cariñoso de su hija, ¡sé que este es su error piadoso! ¡El amor razona de diversa manera! ¡Qué nombre el de padre celestial! ¡Se llama asimismo el misericordioso, el paciente, el dispensador de todas las gracias, el perdonador de todas las faltas y todas las trasgresiones! ¡Por esto es verdaderamente sublime el amor de Dios! Mis recuerdos á vuestro hijo Enrique... Ruego por él á fin de que crezca y se fortifique en el amor del Señor. Mis recuerdos á todos los oficiales.»

XVII.

Todo prosperaba para Cromwell, y toda esta prosperidad y gloria de la república la

atribuia al cielo. Ninguna huella histórica ó privada revela en él deseo de fijar su fortuna y su poder por medio de un cambio en su título de general, y en la especie de condescendencia voluntaria que le tenia sometido el parlamento, el ejército y el pueblo. La historia, que acaba por saberlo todo y por revelarlo todo, no descubre en Cromwell en esta época mas que una repugnancia extrema en elevarse mas. Es evidente, que segun sus propias espresiones, buscaba á Dios en su voluntad, y el oráculo en los acontecimientos. Ni Dios ni el oráculo se habian explicado claramente para él. Dispuesto á descender como á subir, esperaba la orden ó la inspiracion. La inspiracion y el mandato le vinieron por efecto de la movilidad natural del pueblo y por la impaciencia ambiciosa del ejército.

El largo parlamento de cinco años, que el pueblo habia bautizado con uno de esos nombres despreciativos que son los fallos cnicos del asco de la muchedumbre, habia fatigado á la Inglaterra. Las declamaciones de sus puritanos, las hipocresías de sus santos, las impopularidades de sus demagogos, las locuras antisociales de sus niveladores, el asesinato de un rey inocente y heroico cuyo remordimiento agitaba la conciencia de la nacion, los impuestos y las degollaciones de la guerra civil, finalmente, la fatiga de esa tiranía anónima que el pueblo soporta mas impacientemente que la tiranía revestida de un nombre glorioso, todo esto caia ridiculo y odioso sobre el parlamento. Cromwell habia tenido el arte, ó mas bien la fortuna, de obrar mientras este parlamento disertaba, de crecer mientras él se rebajaba, de dejarle la responsabilidad de los crímenes y tomar la responsabilidad de las victorias. Este parlamento, que no tenia la conciencia de su impopularidad, comenzaba á agitarse ante su señor. Cinco ó seis grandes republicanos, recelosos como la libertad, tramaban la perdicion de Cromwell. Los discursos de Enrique Vane, su principal orador, lo disputaban todo á la autoridad militar, y recogian aplausos significativos que parecian otras tantas amenazas al ejército. Los gefes de éste, presentes en Lóndres, presintiendo el peligro, se reunieron y firmaron una peticion á Cromwell, demandándole la disolucion de aquel parlamento envilecido.

Cromwell, á quien se acusó de haber inspirado la peticion al ejército, estaba inocente. No hay nunca necesidad de inspirar la ambicion á los generales, y el despotismo á los soldados. La peticion era amenazadora. La lucha iba á estallar por sí misma entre el ejército y el parlamento. La victoria de los unos como la de los otros, podia de la misma manera inutilizar á Cromwell si persistia en permanecer neutral. «Tened cuidado... decidios... la cosa es seria» le dijo en voz baja Bulstrade, uno de sus familiares durante la arenga de sus oficiales. «Suspendió su resolucion, y se limitó á

dar gracias al orador del ejército por su celo en favor de la salvación del pueblo. Pero la noche y la meditación le aconsejaron bien. Intentó un arreglo entre el parlamento y el ejército en conferencias conciliadoras celebradas á presencia suya.

El parlamento, llena la medida de sus exigencias, y pide el perpetuarse, instituyendo un comité permanente, elegido entre sus miembros actuales, que validara ó invalidara á su albedrío todas las elecciones futuras.

«¡Ah! ¡esto es demasiado fuerte!» esclama al fin Cromwell, indeciso al saber este acto de omnipotencia sobre el país presente y futuro. Era el 20 de abril por la mañana; paseábase en su cuarto, vestido de negro y con medias grises. Sale en aquel sencillo traje diciendo á todos cuantos encontraba á su paso: «¡Esto no es justo, esto no es honrado! ¡No, no hay en esta conducta la mas vulgar honradez!» Da órden al pasar á un oficial de sus guardias de situarse con trescientos soldados en Westminster, apostándose en todas las salidas del palacio. Entra él mismo en él, y se sienta silencioso en su antiguo sitio en la sala, escuchando en la apariencia los discursos. Los oradores republicanos y parlamentarios hablaban entonces en favor del bill, que debía asegurar la perpetuidad de su poder por su exámen de las elecciones futuras del pueblo.

El bill iba á ser votado, cuando Cromwell, como si hubiese espiado el momento de herir aquel cuerpo en flagrante delito de inquietud y de tiranía, levanta su cabeza apoyada en sus dos manos, y hace seña á Harrison, su mas fático sectario, que venga á sentarse á su lado. Harrison obedeció. Cromwell permanece aun un cuarto de hora silencioso; despues, como cediendo á pesar suyo á un impulso interior superior á toda vacilación en su alma: «¡Este es el momento, lo siento, este es el instante, dice á Harrison!» Levántase, avanza hacia el presidente, coloca su sombrero sobre la mesa y se dispone á hablar en medio del silencio y estupor de sus colegas.

Segun su costumbre, su palabra lenta, oscura, embarazosa, incoherente, llena de circunloquios, de paréntesis, de divagaciones, de repeticiones, dificilmente desprende y descubre su pensamiento. Empieza haciendo tal elogio de los servicios tributados por el parlamento á la libertad, á la conciencia, al país, que los parlamentarios mismos, sorprendidos, esperaban una conclusion conforme con el decreto que la cámara iba á votar. Murmullos de adhesión satisfactorios se elevan de los bancos republicanos al final de este periodo, cuando de repente, como si el acceso de ira, largo tiempo y vanamente combatido en su alma, hubiese echado por tierra sus pensamientos, y trocado las frases en sus labios, se para, mira con amenaza y desprecio á los cincuenta y siete miembros de los comunes que componian todo el parlamento en aquel día, pasa sin tran-

sición de la lisonja al ultraje, enumera todas las cobardías, todas las insolencias, todas las bajezas de aquel cuerpo gastado tanto por la rebelión como por la servidumbre, y fulmina en masa, en nombre de Dios y del pueblo el fallo de su reprobación.

¡Ante aquellas estrañas invectivas á las cuales las caricias del principio tan mal les prepararan, los parlamentarios se indignan é insurreccionan! El presidente, digno de sus funciones por su valor, le quita la palabra. Wentworth, uno de los republicanos mas ilustres é imponentes por su carácter, pide que sea llamado al órden y al respeto «¡Este language es tan inesperado como culpable, dice Wentworth, en boca de un hombre que tenia ayer toda nuestra confianza, que hemos honrado con las mas altas funciones de la república, de un hombre que!»

Cromwell no dejó acabar... «¡Vamos, vamos! basta de palabras semejantes, dice con atronadora voz; voy á acabar con todo este ruido y hacer callar á todos estos habladores...» Y adelantándose al centro de la sala, poniendo su sombrero sobre su cabeza con un gesto de teatro, da una pisotada y esclama: «¡Vosotros nada sois ya! No legislaréis ni una hora mas. ¡Ceded el puesto á hombres que valen mas que vosotros!»

XVIII.

A estas palabras, Harrison, advertido por un gesto del general, se escapa y vuelve un minuto despues á la cabeza de treinta soldados, veteranos de las largas guerras civiles, que rodean á Cromwell, desenvainadas sus armas. Estos veteranos, alistados por el parlamento, no vacilan, á la voz de su gefe, en volver sus armas contra aquellos que los han armado, ejemplo mas, desde el Rubicon de César, de la incompatibilidad entre los ejércitos permanentes y la libertad.

«¡Miserables, replica entonces Cromwell, como si la violencia sin el ultraje no hubiese bastado á su cólera: ¿vosotros os llamais un parlamento, vosotros? ¡No, vosotros no sois un parlamento, sois un monton de borrachos y de perdidos!—Tú, prosigue mostrando con el dedo á los viciosos mas conocidos de la asamblea, á medida que pasaban por delante de él para abandonar la sala, ¡tú, tú eres un borracho! ¡Tú, un adúltero! ¡Tú, un vendido, que recibes el salario de tus discursos!... ¡Vosotros todos sois pecadores escandalosos que deshonrais el Evangelio!... ¡Y seriais en masa un parlamento del pueblo de Dios?... ¡No, no, idos, salid, partid, que jamás vuelva á oirse hablar de vosotros! ¡El Señor os rechaza!»

A estos apóstrofes, los miembros, violentados por los soldados, son lanzados ó arras-

trados fuera de la sala. Cromwell vuelve hacia la mesa, levanta con un gesto de desprecio la maza de plata, signo venerado de la soberanía parlamentaria, y enseñándola sonriéndose á Harrison... ¿Qué haremos de este juguete? dice: que se lo lleven. Uno de los soldados se lleva la maza; Cromwell se vuelve y aperece detrás de él al presidente del parlamento, que fiel á la dignidad de su puesto y á la autoridad de la cámara, rehusaba con heroica intrepidez envilecer el derecho ante la fuerza... Baja, le grita el dictador.—No bajaré del puesto que me ha confiado el parlamento á no arrancarme de él responde Lenthall. Harrison, al oír estas palabras, sube á la tribuna, arranca al presidente de su sitio, y lo arrastra por medio del recinto entre soldados.

Cromwell llevó las llaves de Westminster en sus manos. «No oí ladrar un perro en la ciudad,» escribió algunos dias despues. El largo parlamento, tan poderoso para destruir, era impotente para edificar. La guerra civil, que aquel parlamento habia suscitado, habia hecho lo que hará siempre: habia sustituido el ejército al pueblo: habia hecho surgir una dictadura en lugar de un gobierno, habia matado el derecho é inaugurado la fuerza: un hombre habia tomado el lugar de la patria.

CUARTA PARTE.

Este hombre es Cromwell. Se atribuyó siempre á los hombres la fuerza de las cosas y el genio de las circunstancias. Se supone despues á grandes ambiciones, á lentas premeditaciones y á astutas combinaciones resultados debidos muchas veces á la casualidad. Todo indica aquí, al contrario, que Cromwell nada habia premeditado de su atentado contra los comunes y que fué arrastrado á él por el movimiento general de las cosas, del pueblo, del ejército, y decidido en el último momento por esa potencia interior que Sócrates llamaba su *demonio*, César su *consejo*, Mahoma su *ángel Gabriel*, Cromwell su *inspiración*; divinidad de los grandes instintos que hace sonar la convicción en el alma y la hora en el oído. Los laboriosos esfuerzos que habia hecho Cromwell para reconciliar la víspera el parlamento con el ejército, el nuevo parlamento que convocó al dia siguiente y al que entregó toda la autoridad legislativa, sin reservarse siquiera la sancion política que habia tenido á puerta cerrada algunos dias antes en su casa con los gran-

des consejeros de su política, parecen atestiguar que aquel relámpago y aquel rayo que cayó sobre el parlamento salió por sí mismo del conflicto de tantas nubes.

Tratábase en aquella conferencia de buscar en los restos de aquella monarquía destruida los elementos de constitucion que debia hacer el parlamento. Los miembros presentes eran: Cromwell, Harrison, su seide Desborow, cuñado de Cromwell, su primo Oliverio Cromwell, Witlocke, su amigo, Widgeon, el eminente orador y hombre de estado de los comunes, el presidente del parlamento Histall y otros muchos oficiales ó parlamentarios ilustrados republicanos.

—Se trata, dijo Harrison, de examinar puntos de concierto con el general como hemos de organizar un gobierno.

—Grande cuestion en efecto, dijo Witlocke. Constituyamos una república absoluta ó una república mezclada con algunos elementos monárquicos.

—Eso es, dijo Cromwell ¿Haremos una república pura ó una república corregida por algunos principios de autoridad monárquica? Y en este último caso ¿entre qué manos colocaremos ese poder tomado de la monarquía?

Widgeon se pronunció por un gobierno mixto que tomase la libertad de la república, la autoridad de la monarquía y colocar el ejercicio de esta parte de autoridad monárquica en su poseedor natural, en uno de los hijos del rey decapitado. Widgeon era lisonjero y afable por carácter: no hubiera propuesto semejante partido delante de Cromwell, si hubiera presentido en el dictador aquella implacable ambicion, que jamás le hubiera perdonado su insinuación.

—Cuestion delicada, dijo Flewut sin comprometerse en mas.

El señor canciller Saint-Jhon declaró que en su opinion á menos de olvidar todas las antiguas leyes y todos los hábitos de la nacion, era preciso una gran parte del poder monárquico en todo gobierno que se estableciese.

—Seria, dijo el presidente del parlamento, una estraña confusion de todas las cosas, un gobierno entre nosotros que no tuviese algun carácter de la monarquía.

Desborow, aliado de Cromwell y coronel de ejército, declaró que no habia, á su parecer, razon para que la Inglaterra no pudiese gobernarse republicanamente como tantas otras naciones antiguas y modernas.

El coronel Waley sostuvo como su colega militar la república para.

—El hijo mayor de nuestro rey, añadió, está con las armas en la mano contra nosotros. Su segundo hijo es igualmente nuestro enemigo, y sin embargo deliberais...

—Empero el tercer hijo del rey, el duque de Gloucester, está en nuestras manos, replicó Widgeon; es demasiado jóven para haber levantado la mano contra nosotros ó para estar im-